

(1) Texto de Reválida: *Contestación a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?*

«**Ilustración** significa el abandono por parte del **hombre** de una **minoría de edad** cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su **entendimiento** sin verse guiado por algún otro. *Uno mismo es culpable* de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de **entendimiento**, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía del de algún otro. *Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí el lema de la **Ilustración**.

Pereza y cobardía son las causas merced a las cuáles tantos **hombres** continúan siendo con gusto menores de edad durante toda su vida, pese a que la Naturaleza los haya librado hace ya tiempo de una conducción ajena (haciéndoles físicamente adultos); y por eso les ha resultado tan fácil a otros el erigirse en tutores suyos. Es tan cómodo ser menor de edad. Basta con tener un libro que supla mi **entendimiento**, alguien que vele por mi alma y haga las veces de mi **conciencia moral**, a un médico que me prescriba la dieta, etc., para que yo no tenga que tomarme tales molestias. No me hace falta pensar, siempre que pueda pagar; otros asumirán por mí tan fastidiosa tarea. El que la mayor parte de los hombres (incluyendo a todo el bello sexo) consideren el paso hacia la mayoría de edad como algo harto peligroso, además de muy molesto, es algo por lo cual ya velan aquellos tutores que tan amablemente han echado sobre sí esa labor de superintendencia. Tras entontecer primero a su rebaño e impedir cuidadosamente que esas mansas criaturas se atrevan a dar un solo paso fuera de las andaderas donde han sido confinados, les muestran luego el peligro que les acechan cuando intentan caminar solos por su cuenta y riesgo. Mas ese peligro no es ciertamente tan enorme, puesto que finalmente aprenderían a caminar bien después de dar unos cuantos tropezones; pero el ejemplo de un simple tropiezo basta para intimidar y suele servir como escarmiento para volver a intentarlo de nuevo.

Así pues, resulta difícil salir para cualquier individuo el zafarse de **minoría de edad** que casi se ha convertido en algo connatural. Incluso se ha encariñado con ella y eso le hace sentirse realmente incapaz de utilizar su propio **entendimiento**, dado que nunca se le ha dejado hacer ese intento. Reglamentos y fórmulas, instrumentos mecánicos de un uso racional -o más bien abuso- de sus dotes naturales, constituyen los grilletes de una permanente minoría de edad. Quien lograra quitárselos acabaría dando un salto inseguro para salvar la más pequeña zanja, al no estar habituado a semejante libertad de movimientos. De ahí que sean muy pocos quienes han conseguido, gracias al cultivo de su propio ingenio, desenredar las ataduras que les ligaban a esa minoría de edad y caminar con paso seguro.

Pero, en cambio, es posible que el público se ilustre a sí mismo, siempre que se le deje en libertad; incluso, casi es inevitable. En efecto, siempre se encontrarán algunos **hombres** que piensen por sí mismos, hasta entre los tutores instituidos por la confusa masa. Ellos, después de haber rechazado el yugo de la **minoría de edad**, ensancharán el espíritu de una estimación racional del propio valor y de la vocación que todo hombre tiene: la de pensar

por sí mismo. Notemos en particular que con anterioridad los **tutores** habían puesto al público bajo ese yugo, estando después obligados a someterse al mismo. Tal cosa ocurre cuando algunos, por sí mismos incapaces de toda **ilustración**, los incitan a la sublevación: tan dañoso es inculcar prejuicios, ya que ellos terminan por vengarse de los que han sido sus autores o propagadores. De ahí que el público puede alcanzar ilustración solo lentamente. Quizá por una revolución sea posible producir la caída del despotismo personal o de alguna opresión interesada y ambiciosa; pero jamás se logrará por este camino la verdadera reforma del modo de pensar, sino que surgirán nuevos prejuicios que, como los antiguos, servirán de andaderas para la mayor parte de la masa, privada de pensamiento.

Para esta ilustración tan sólo se requiere **libertad** y, por cierto, la más inofensiva de todas las que llevan tal nombre, a saber, la libertad de hacer **un uso público de la propia razón** en cualquier dominio. Pero oigo exclamar por doquier: ¡*No razones!* El oficial ordena: ¡No razones, adiéstrate! El asesor fiscal: ¡No razones y límitate a pagar tus impuestos! El consejero espiritual: ¡No razones, ten fe! (Sólo un único señor dice en el mundo: ¡*Razonad* todo lo que queráis y sobre lo que queráis, *mas no dejéis de obedecer!*) Impera por doquier una restricción de la **libertad**. Pero, ¿cuál es el límite que la obstaculiza y cuál es el que, bien al contrario, la promueve? He aquí mi respuesta: el **uso público de la razón** siempre debe ser libre y es el *único* que puede procurar la **ilustración** entre los hombres; el **uso privado**, en cambio, ha de ser con frecuencia severamente limitado, sin que se obstaculice de un modo particular el progreso de la ilustración. Entiendo por **uso público de la propia razón** el que alguien hace de ella, *en cuanto docto*, ante todo ese público que configura *el universo de lectores*. Denomino **uso privado** al empleo de la **razón** que se le permite al **hombre** dentro de un *puesto civil* o de una función que se le confía. Ahora bien, en muchas ocupaciones concernientes al interés de la comunidad son necesarios ciertos mecanismos, por medio de los cuales algunos de sus miembros se tienen que comportar de modo meramente pasivo, para que, mediante cierta unanimidad artificial, el gobierno los dirija hacia fines públicos, o al menos, para que se limite la destrucción de los mismos. Como es natural, en este caso no es permitido razonar, sino que se necesita obedecer. Pero en cuanto a esta parte de la máquina, se la considera miembro de una comunidad íntegra o, incluso, de la sociedad cosmopolita; en cuanto se la estima en su calidad de docto que, mediante escritos, se dirige a un público en sentido propio, puede razonar sobre todo, sin que por ello padezcan las ocupaciones que en parte le son asignadas en cuanto miembro pasivo. Así, por ejemplo, sería muy peligroso si un oficial, que debe obedecer al superior, se pusiera a argumentar en voz alta, estando de servicio, acerca de la conveniencia o inutilidad de la orden recibida; tiene que obedecer. Pero no se le puede prohibir con **justicia** hacer observaciones, en cuanto docto, acerca de los defectos del servicio militar y presentarlas ante el juicio del público. El **ciudadano** no se puede negar a pagar los impuestos que le son asignados, tanto que una censura impertinente a esa carga, en el momento que deba pagarla, puede ser castigada por escandalosa (pues podría ocasionar resistencias generales). Pero, sin embargo, no actuará en contra del **deber** de un **ciudadano** si, como docto, manifiesta públicamente sus ideas acerca de la inconveniencia o injusticia de tales impuestos. De la misma manera, un sacerdote está obligado a enseñar a sus catecúmenos y a su comunidad según el credo de la iglesia a que sirve, puesto que ha sido admitido en ella

con esa condición. Pero, como docto, tiene plena **libertad**, y hasta la misión, de comunicar al público sus ideas, cuidadosamente examinadas y bien intencionadas, acerca de los defectos de ese credo; es decir, debe exponer al público las proposiciones relativas a un mejoramiento de las instituciones, referidas a la religión y a la Iglesia. En esto no hay nada que pueda provocar en él escrúpulos de conciencia. Presentará lo que enseña en **virtud** de su función, en tanto conductor de la Iglesia, como algo que no ha de enseñar con arbitraria libertad, y según sus propias opiniones, porque se ha comprometido a predicar de acuerdo con prescripciones y en nombre de una autoridad ajena. Dirá: nuestra Iglesia enseña esto o aquello, para lo cual se sirve de determinados argumentos. Luego extraerá para su parroquia todos los beneficios prácticos de unos dogmas que él mismo no suscribiría con plena convicción, pero a cuya exposición sí puede comprometerse, porque no es del todo imposible que la verdad subyazca escondida en ellos o, cuando menos, en cualquier caso no haya nada contradictorio con la religión íntima. Si no creyese esto último, no podría conservar su función sin sentir los reproches de su **conciencia moral**, y tendría que renunciar. Luego el uso que un predicador hace de su razón ante la comunidad es meramente *privado*, puesto que dicha comunidad sólo constituye una reunión familiar, por amplia que sea. Con respecto a la misma el sacerdote no es libre, ni tampoco debe serlo, puesto que ejecuta una orden que le es extraña. Como docto, en cambio, que habla mediante escritos al público en general es decir, al mundo, dicho sacerdote disfruta de una **libertad** ilimitada en el **uso público de su razón**, para servirse de su propia razón y hablaren nombre de su propia persona. En efecto, pretender que los tutores del pueblo (en asuntos espirituales) deban ser a su vez menores de edad constituye un absurdo que termina por perpetuar toda suerte de disparates». (Kant, *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?*)

KARL MARX

(2) Texto de Reválida: *Manifiesto del Partido Comunista*

«Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Contra este fantasma se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista, ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de **luchas de clases**.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la **transformación revolucionaria** de todo el régimen social o al exterminio de ambas **clases** beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de **clase**. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas **clases**, nuevas

condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la **burguesía**, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de **clase**. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes **clases** antagónicas: la **burguesía** y el **proletariado**.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los “villanos” de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la **burguesía**.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la **burguesía**. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición.

El régimen feudal o gremial de **producción** que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios se vieron desplazados por la **clase** media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller.

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de **producción**. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la **clase** media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos, progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, se desarrollaba la **burguesía**, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las **clases** heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la moderna **burguesía** es, como lo fueron en su tiempo las otras **clases**, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de **producción**.

A cada etapa de avance recorrida por la **burguesía** corresponde una nueva etapa de progreso político. **Clase** oprimida bajo el mando de los señores feudales, la **burguesía** forma en la “comuna” una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso

de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno **Estado** representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la **clase burguesa**.

La **burguesía** ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al **hombre** con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de **explotación**, velado por los cendales de las **ilusiones políticas y religiosas**, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de **explotación**.

La **burguesía** despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acontecimiento. Convirtió en sus **servidores asalariados** al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al **hombre de ciencia**.

La **burguesía** desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares.

La **burguesía** vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del **hombre**. La **burguesía** ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La **burguesía** no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la **producción**, que tanto vale decir el sistema todo de la **producción**, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas **clases** sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de **producción** vigente. La época de la **burguesía** se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la **producción**, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de **ideas y creencias** viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el **hombre** se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la **burguesía** de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.

La **burguesía**, al explotar el mercado mundial, da a la **producción** y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la **producción** material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La **burguesía**, con el rápido perfeccionamiento de todos los **medios de producción**, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de **producción** de la **burguesía** o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.» (Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*)

(3) Texto de Reválida: La historia de la Filosofía como error

«1. El **mundo verdadero** es accesible al sabio, al piadoso, al **virtuoso**; él vive en ese mundo, es ese mundo. (La forma más antigua de la **idea**, relativamente inteligente, simple, convincente. Transcripción de la frase «yo, Platón, soy la **verdad**»).

2. El **mundo verdadero**, inasequible por ahora, es prometido al sabio, al piadoso, al **virtuoso** («al pecador que hace penitencia»).(Progreso de la **idea**: ésta se vuelve más sutil, insidiosa, inaprehensible: se vuelve hembra y cristiana...).

3. El **mundo verdadero**, inalcanzable, indemostrable, imprometible, pero pensado como un consuelo, un deber, un imperativo. (En el fondo el viejo sol, disimulado tras la niebla y el escepticismo; la **idea** se ha vuelto sublime, pálida, nórdica de Königsberg).

4. El mundo verdadero, ¿es inalcanzable? De hecho, resulta cada vez inalcanzable. Y por inalcanzable, desconocido. En consecuencia, no es ni siquiera consolador, salvador, imperativo: ¿cómo lo desconocido podría volverse un deber? ... (Mañana gris. Primer bostezo de la **razón**. Canto del gallo del **positivismo**).

5. El «**mundo verdadero**» se vuelve una **Idea** inútil, no imperativa en absoluto, un lastre por lo tanto, una **idea** prescindible, una **idea** refutada; en consecuencia: debemos eliminarla. (Día claro; desayuno; retorno del *bon sens* y de la **jovialidad**; rubor avergonzado de Platón; alboroto endemoniado de todos los espíritus libres).

6. Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado?, ¿el **aparente** tal vez?... ¡No! Al eliminar el **mundo verdadero** hemos eliminado también el **aparente**. (Mediodía; momento de la sombra más corta; final del error más largo; punto culminante de la humanidad; **INCIPIT ZARATHUSTRA**¹)»

Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos: De cómo el “mundo verdadero” se volvió fábula. Historia de un error*

¹ Comienza Zaratustra.